

Estereotipos y roles de género en el refranero popular. Charlatanas, mentirosas, malvadas y peligrosas. Proveedores, maltratados, machos y cornudos*

Anna María Fernández Poncela

El objetivo del presente trabajo es hacer una revisión reflexiva, analítica e interpretativa de la configuración y reproducción de los papeles sociales y de los estereotipos o imágenes culturales de las mujeres en la cultura popular.

Se plantea que el rol o papel social es el tipo de conducta esperada por las personas que ocupan un lugar dentro de la sociedad, ya que se ha enlazado el funcionamiento de la sociedad a las características y al comportamiento de los seres humanos. La repetición y el estereotipo de la conducta se perpetúa en el imaginario colectivo y la memoria individual de manera obstinada (p. 16).

Los estereotipos son figuras, imágenes o ideas aceptadas de forma habitual por un grupo o una sociedad, también se puede decir que es la concepción simplificada de un personaje o personalidad. La visión dominante de la división sexual es expresada en los discursos sociales y las narrativas populares, como son los refranes.

En muchas sociedades, el machismo y la sumisión describe estos estereotipos y roles de hombres y mujeres. En el caso de ellos, por regla general, se rinde culto a la virilidad masculina, caracterizada por la agresividad, la intransigencia y la arrogancia. La sumisión se relaciona con la espiritualidad femenina, la timidez y la dependencia de los hombres.

En la sección titulada “Nombrar el mundo, el hombre y la mujer”, Fernández Poncela comenta que el lenguaje común que empleamos influye en las formas de pensar y de actuar. Estas formas por lo general son sexistas y androcéntricas por

* Anna María Fernández Poncela. *Estereotipos y roles de género en el refranero popular. Charlatanas, mentirosas, malvadas y peligrosas. Proveedores, maltratados, machos y cornudos*. México, Anthropos.

excelencia. En el caso de los refranes populares, hay varios que muestran la discriminación, el desprecio y la violencia verbal empleada en contra de las mujeres, “La mujer es el piojo del hombre”, “La mujer como la escopeta, cargada y en un rincón”, “Con la mujer, ojo alerta, mientras no la vieres muerta” (p. 20).

De esta manera, vemos que existe una íntima relación entre el lenguaje y el pensamiento, entre éste y la experiencia humana. Los hombres y mujeres aprenden a serlo a través de lo que ven y de lo que oyen, por lo que es de esperarse que, en la historia, los grupos dominantes tengan cierto dominio y autoridad sobre el lenguaje.

Estudiar el lenguaje y en especial el refranero, es profundizar en torno a la cultura y la vida cotidiana y sirve también como un medio para comprender y conocer las fuentes orales a través de sus convenciones lingüísticas (p. 23).

En cuanto al concepto de cultura, Fernández Poncela menciona varias definiciones entre las que destaca las de finales del siglo pasado, como un conjunto de conocimientos, creencias, arte, moral, derecho, costumbres y hábitos que las personas poseen como miembros de una sociedad y la sinopsis de mediados y finales del siglo XX, como el conjunto de valores, comportamientos e instituciones de un grupo humano, aprehendido, compartido y transmitido socialmente –cosmogonías, modos de pensamiento, sistemas de valores, religión costumbres, símbolos y mitos–. (p. 23).

También comenta que el conjunto de patrones o hábitos, la configuración del comportamiento aprendido, compartido o modificado son herencias sociales que se transmiten de generación en generación. Es, en este sentido, según Fernández Poncela, que los refranes como “un género del habla” más que forma de lenguaje, pasan a través del tiempo transmitiendo su mensaje original.

En torno a los modelos de constitución del género que envían los refranes, sobresalen las imágenes culturales sobre la “buena y la mala mujer” que se analizan en esta obra. En la cultura española, la actitud de los hombres frente a las mujeres se expresa con brutalidad y precisión en dos refranes: “la mujer en casa y con la pata rota” y “entre santa y santo, pared de cal y canto” (p. 33).

Los estereotipos de las mujeres han estado muy marcados en la cultura popular mexicana, estas imágenes de las mujeres que son capaces de penetrar en otro mundo o que son penetradas por otros mundos –dominante y dominada, virgen y ramera, reina y esclava– son la base que con el tiempo conformarán la imagen medular de las mujeres mexicanas actuales: “este arquetipo de la mujer mexicana es la dualidad Malintzin-Guadalupe. Es la Chingada-lupe una imagen ideal que el

macho mexicano debe formarse de su compañera, la cual debe fornicar con desenfreno gozoso y al mismo tiempo ser virginal y consoladora” (Fernández 2002, cita a: Bartra, 1987:209-222) (p. 33).

“Estereotipos reales o cómo son las mujeres: malvadas, charlatanas, mentirosas, irracionales y peligrosas” es el título de la siguiente sección en donde se revisa la imagen femenina para descubrir cómo se ve reflejada su existencia en el imaginario social.

Fernández afirma que, en general, estos mensajes tienen características con valoraciones negativas como en el caso de quienes hablan o dan su opinión –“charlatanas”– cuando hay hombres presentes, dueños al parecer de la palabra, mientras que ellas son convidadas al silencio y la obediencia.

“Ni al perro que mear, ni a la mujer que hablar, nunca les ha de faltar”, “Antes se queda el ruiseñor sin canción que la mujer sin conversación”.

Las mujeres han estado tradicionalmente olvidadas, excluidas, y cuando se las tiene en cuenta, es para callarlas, censurarlas, insultarlas o ridiculizarlas formando así parte de una cultura de la opresión y del silencio, condenadas a la ignorancia, fuera de la cultura, consideradas de y para los hombres (p. 41).

A juzgar por el mensaje en los refranes, las mujeres engañan y mienten constantemente. También son calificadas de incoherentes y desordenadas, su habla es vacía y sin sentido, carente de interés y su pensamiento mudable y contradictorio, es decir, la difundida debilidad e inestabilidad que reproduce el tradicional estereotipo de las mujeres (p. 43).

Al final, las mujeres son culpables de todo mal y responsables en última instancia del comportamiento negativo de los mismos hombres. Caracterizando a estos últimos como bondadosos e incluso ingenuos y, cuando son malos, siempre es por la mala influencia de las mujeres. Lo anterior se refleja en los siguientes aforismos:

“Cuando el hombre algún bien quiere hacer, le quita la gana su mujer”, “Las mujeres son la perdición de los hombres” (p. 46).

Como se puede observar, no sólo se descalifica el habla y el pensamiento de las mujeres, desde la perspectiva de la ideología dominante, las conductas femeninas son falsas, intrigantes, engañosas, insidiosas y traidoras. Ellas son malas por “naturaleza”, por “costumbre”. Esto es, biológicamente tienen la semilla de la maldad en su constitución y así lo acopia y refleja la tradición cultural.

Al final de todo este menosprecio, burla e insulto, el refranero admite que las mujeres son malas pero necesarias y convenientes para los hombres, “la mujer

es un mal necesario”, “toma casa con hogar y mujer que sepa hilar”. Por supuesto que las mujeres no son el único grupo social con el cual se ensaña el refranero, también entre sus preferencias se encuentran los indios, los negros, los judíos, los ricos, los pobres, los locos y tontos (p. 58).

La siguiente sección titulada “Imágenes ideales o cómo deberían ser: calladas, discretas, obedientes, limpias, caseras y trabajadoras”. Está dedicada a las mujeres que cuando cumplen con sus roles adjudicados y reproducen la imagen asignada, se llegan a considerar buenas; en otras palabras, el refranero respeta a las mujeres bajo dos aspectos: las madres y las amas de casa.

Las mujeres buenas son las que no hablan, son discretas y las que tampoco dan de qué hablar, son pasivas, esto es lo que “debe ser”, estas actitudes son características esenciales según el modelo idealizado que tienen y quieren imponer los hombres y la sociedad en su conjunto “La dama en la calle, grave y honesta; en la iglesia devota y compuesta; en la casa, escoba discreta y hacendosa; en el estrado, señora; en el campo, corza; en la cama, graciosa, y será en todo hermosa” (p. 60).

Estas características y más aunadas a la belleza física indican lo difícil que es para los hombres encontrar ya no digamos a la pareja ideal, sino una mujer que valga la pena y sea digna de confianza, por lo que ellos se sienten realmente dignos de compadecer (p. 65).

En la siguiente sección “Cómo son los hombres, las mujeres toman la palabra”, Fernández Poncela descifra la imagen real o ideal de los hombres en el refranero en el que existen pocos proverbios. En éstos ellos son maltratados verbalmente por los dichos populares no basándose en su sexo “Indio que quiere ser criollo al hoyo”, “A los santos y a los tontos, los tienta el diablo más pronto”.

En su investigación Fernández Poncela asegura que destaca el papel del hombre proveedor mostrando a la esposa las obligaciones de su cónyuge y de paso se les recuerda a ellos por si fueran olvidadizos, “El casado no ha de volver a casa con las manos vacías”, “Lo que la mujer ahorra, vale tanto como lo que gana el marido”, “El hombre para ganar, la mujer, para gastar” (p. 71).

La autora menciona que “la identidad de género es una función de la interacción entre la autoidentificación y la identificación por parte de los otros, en este caso es la voz de la cultura hegemónica a través de las mujeres la que se deja oír” (p. 71).

Otras características que los hombres deben tener y que se mencionan en el refranero popular es el valor y la virilidad que supuestamente les caracteriza. Ellos deben cumplir, en primer lugar, con su rol de proveedor y, en segundo, con su

imagen de macho. Advierten de que ellos no deben ocupar los roles de las mujeres, hacer lo contrario es echarse a la opinión pública en contra.

Los refranes aplicados a los hombres no son muchos, ni son tan duros y descarnados como los dedicados a las mujeres. En éstos se destaca con fuerza la imagen del cornudo, objeto de burla entre hombres y mujeres pues se trata de un hombre burlado por su propia mujer, por lo que se reitera el consejo de vigilancia a la esposa para que ésta no se pierda y lo engañe, –aunque cosa curiosa– esto no sucede a la inversa pues se considera normal o se disculpa al hombre adúltero (p. 73).

En la actualidad, en varios países se han detectado problemas psicológicos, inseguridades y malestar entre la población masculina debido a las críticas feministas y a los nuevos mensajes sociales sobre la igualdad entre los sexos (p. 84).

El capítulo “Papeles sociales de las mujeres en las relaciones de pareja: doncellas, esposas y putas” trata de los papeles sociales de las mujeres en las relaciones de pareja. Las mujeres desde su nacimiento son condicionadas socialmente a ser hijas, después esposas y madres de alguien. La identidad de género más poderosa es la de esposa y madre, siempre al servicio de los demás.

Como ya se ha mencionado, el respeto hacia la esposa se destaca en comparación con otros roles de las mujeres –doncella, puta, soltera, o viuda– en lo que se refiere a las relaciones de pareja. La virginidad de la doncella y la fidelidad de la esposa son elementos clave. Ya que de la doncella o la esposa, a la puta a veces sólo hay un paso. De ahí que se aconseje la vigilancia y represión de la sexualidad de las mujeres que llega a extremos de crudeza impresionante (p. 89).

Después están las “otras” mujeres –las prostitutas–, que reciben el menosprecio de la sociedad por un lado, pero no se puede descartar el miedo que despiertan ellas en los hombres, ya que en cierto sentido son “libres”, además de ser consideradas en muchas ocasiones como un mal necesario (p. 90).

En la siguiente sección titulada “Roles en los vínculos de sangre y la familia política: madre, madrastra, hijas, suegras, nueras y cuñadas”, Fernández Poncela sigue analizando a las mujeres en función de sus roles tradicionales y asegura que hay una estereotipación de las características de los roles representados que se exageran y estandarizan (p. 93).

La madre es el personaje femenino mejor tratado por el refranero: “sacrificadas” o “admiradas”, despiertan cariño, respeto y veneración. Al parecer, afirma la autora, la concepción del amor e instinto maternal y el ejercicio de la maternidad no son algo concedido por la naturaleza sino construido culturalmente en una

época y una sociedad dada, que ha sido recogido, incorporado y reproducido en el refranero popular.

La madrastra representa todo lo contrario a la madre, en ella se encuentran todos los defectos y problemas que con frecuencia no quieren señalarse en las madres auténticas: “Madrastras, la mejor es mala” (p. 96).

En el caso de las hijas, son vistas casi siempre como una inversión por parte de sus progenitores en el refranero, que conserva sus orígenes de cultura campesina donde muchas veces los hijos son concebidos como propiedad y trabajan para beneficio de los padres (p. 98).

El parentesco entre las suegras, nueras y cuñadas, ha sido señalado como una relación de convivencia compleja y difícil, pero destaca la figura arquetípica de la suegra, dibujada en contraposición también con la madre, con lo cual tiene garantizada la peor imagen. Se las presenta como muy malas, especialmente en su poder sobre las nueras y los hijos y su influencia sobre las hijas y los yernos (p. 99).

Las nueras desde el punto de vista de las suegras, siguiendo el refranero, nunca son buenas y viceversa. El yerno tampoco ve con buenos ojos a su suegra, ya que representa una alianza o la posibilidad de ésta entre mujeres, además de la disputa por el amor de la hija, entre el cariño maternal y el amor conyugal: “Suegra nuera y yerno, la antesala del infierno”, “Suegra viviendo con su yerno, la antesala del infierno”; y “viviendo con su nuera, la mismísima caldera” (p. 102).

En la sección titulada “La descalificación o el miedo a la libertad: matrimonio, solteronas, viudas y viejas”, expone los pros y contras que el refranero contiene sobre el matrimonio y los papeles de aquellas mujeres, que por alguna razón no tienen pareja, es decir, las solteras y las viudas y, a veces, las viejas.

La sociedad subraya la conveniencia del matrimonio para que la mujer se realice como madre y esposa y también para que el hombre llegue en cierto modo a la edad adulta y pueda adquirir a través de la posición dentro de la formación de su nueva familia un rol en la sociedad.

Uno de los casos favoritos de desprecio y burla social es el de las mujeres que a determinada edad no se han casado, lo cual es considerado popularmente como una de las mayores desgracias. La figura de las “solteronas” está muy extendida: “Mujer sin varón, ojalá sin botón”, “Las mujeres y las pistolas para funcionar, necesitan hombre” (p. 109).

Las viudas parecen ser otra de las mofas preferidas por el refranero, sin lugar a dudas son maltratadas en el habla popular, se les pretende enterrar en vida ya sea físicamente, como sucede en algunas culturas, o simbólicamente con el encie-

rro perpetuo dedicado a honrar el recuerdo y alma del marido hasta su propia muerte: “La viuda honrada; su puerta cerrada” (p. 112).

Las mujeres ancianas son aludidas por el refranero como las viejas que a veces son ridiculizadas y otras respetadas. Sus arrugas pueden ser en ocasiones veneradas como premio a una vida de sacrificios y por el cumplimiento satisfactorio de sus papeles sociales de madre y esposa a lo largo de toda su vida: “Bajo la barba cana está la mujer honrada” (p. 114).

En la última sección, que se titula “Conclusión: configuración, reproducción, subversión”, la autora hace hincapié en que el refrán pertenece a la cultura popular, la historia cotidiana no escrita, representativa del temperamento de la gente sencilla, afirma que, es como un libro de sabiduría abierto al mundo, que abraza todos los temas de la vida diaria (p. 117).

Observa que la significación cultural del discurso a través de la comunicación simbólica es muy clara a primera vista; sin embargo, nos lleva a pensar en el ¿por qué y para qué?, y a una interpretación más profunda.

Su investigación demuestra que las mujeres tienen voz y opinión, en los mensajes que se difunden a través del refranero, pero, por si hubiera alguna duda, el hecho de que éste se empeñe en deslegitimar desde todos los puntos de vista su capacidad verbal y coherencia, quiere decir que ésta existe y que las mujeres la utilizan y que los hombres lo saben y lo perciben, de otra forma no sería necesario su hondo y extenso menosprecio para acallarlas y controlarlas (p. 126).

Afirma que, en definitiva, el control ejercido sobre el uso del lenguaje y el potencial semántico y expresivo de la lengua, forma parte del control de los sectores dominantes, en general, y del grupo masculino, en particular. La violencia simbólica a través de la expresión verbal es parte de la dinámica de mantenimiento de la desigualdad social, étnica, de edad y de género, dentro del campo de la cultura popular, de la producción simbólica y de la comunicación en general (p. 128).

Fernández Poncela concluye aseverando que el estudio de un tema como éste ayuda a entender cómo se reproduce y legitima la discriminación. Queda ahora algo más importante y mucho más difícil: ¿qué hacer? Y aunque este texto provoque una sonrisa irónica en el lector o lectora, el problema del tema abordado en estas páginas es tan serio e importante como lo es la dignificación de las mujeres: “De cien hombres, uno; de mil mujeres, ninguna”, “El hombre propone, Dios dispone, y la mujer todo lo descompone” (p. 141).

Aunque la Dra. Fernández es una antropóloga erudita, conocedora del complicado lenguaje académico, tuvo el tino maravilloso de escribir este libro de una manera accesible y tan sencilla que cualquier persona que sepa leer lo comprenderá y reconocerá como veraz la lectura que ella realiza de los dichos populares como un reflejo de misoginia presente en nuestra cultura.

Habrà sin duda muchos lectores que creerán que las concepciones y nociones de género que describe en su libro son naturales, pues se imponen en las prácticas e ideas que empezamos a aprender con el primer aliento. Sin embargo las investigaciones transculturales y los estudios históricos nos muestran que son creaciones sociales y si, las construimos, también las podremos cambiar, y de ese modo introducir un poco de democracia en nuestra cultura y finalmente en la especie humana.

Reseña de María J. Rodríguez-Shadow